

clamos, los perezosos que se eternizaban en los cafés, los melómanos que se acercaban á las orquestas, los cansados que se tumbaban debajo de las umbrías, los aficionados á cosas de lejanas tierras que rondaban en torno de los monumentos exóticos y los voluptuosos que se inflamaban al contacto de las meretrices. ¡Cuántos, agotados por estas distracciones, apenas tuvieron tiempo de penetrar en la gran galería y no se llevaron de la Exposición más que la impresión injusta é incompleta de una vasta empresa de placeres menudos, de una kermesse colosal muy bien dispuesta! Fué una gran lástima. En el parque dominaba la fantasía con muchas diversiones muy peligrosas; en el palacio circular reinaba el genio de la clasificación y se ofrecían al visitante, en un conjunto muy digno de estudio, todos los productos de la industria humana. Lo más digno de llamar la atención eran los esfuerzos realizados para conseguir nuevos descubrimientos, nuevas aplicaciones industriales.

La galería de máquinas, la más exterior de las del palacio, la que englobaba á todas las demás, contenía multitud de cosas que prestaban abundante materia á la observación. Al lado de los antiguos aparatos de vapor comenzaban á aparecer otros que obedecían á distintas fuerzas motrices, como el gas y el aire comprimido; y las máquinas de extracción y explotación destinadas á las minas habían sido objeto de perfeccionamientos proporcionados á la importancia de los servicios que muy pronto habrían de prestar. También era muy instructiva y sugestiva la exposición de los ferrocarriles: esta gran industria de los transportes, que tendía á apoderarse del gobierno de todas las demás, hallábase entonces en plena evolución; en un principio, sólo había preocupado la idea de la velocidad, y una vez lograda ésta, el público y hasta los mismos ingenieros, encantados de la maravilla realizada, habíanse detenido un instante como si quisieran descansar después del éxito; pero ya se iba tras nuevos progresos que habían dado por resultado toda clase de vagones modelos para hacer más cómodos los viajes largos, y toda clase de aparatos ó de señales para evitar los accidentes.

Al pasar de la galería de máquinas á la de primeras materias, el aspecto que ésta ofrecía era poco simpático y hasta totalmente severo, pues en ella sólo se veía una serie de salas silenciosas y de productos con sendas etiquetas: venía á ser aquello el laboratorio y el gabinete de historia natural de la Exposición. Un nuevo metal, ligero al par que resistente, que en su estado puro era casi tan blanco como la plata, atraía en alto grado la curiosidad: era el aluminio. Llamaban también la atención los aceites llamados de petróleo, poco usados entonces aunque conocidos desde hacía mucho tiempo, y que más adelante habían de adaptarse en tan gran escala á los usos domésticos é industriales. En una larga fila de estantes había multitud de substancias químicas encerradas en frascos por delante de las cuales pasaba indiferente el público; y, sin embargo, algunas de ellas estaban llamadas á señalar verdaderos progresos en la ciencia y especialmente en la medicina, por ejemplo el ácido fénico, del cual se había hablado el año anterior con motivo del cólera y cuyo empleo, en aquella sazón muy tímido y muy incierto todavía, había de marcar el comienzo del método antiséptico.

Las galerías siguientes, y en particular la del traje, permitían estudiar la suerte de todas las industrias textiles.

La industria algodonera resentíase aún de la crisis que sobre ella había pesado desde 1861 á 1865: dificultada la importación de algodones de los Estados Unidos á consecuencia del bloqueo de los puertos norteamericanos, había suplido, en lo posible, esta escasez de primera materia con algodones de calidad inferior traídos principalmente de las Indias, lo cual era causa de que en ciertas instalaciones de la Exposición se vieran productos menos finos y á la vez menos sólidos.

También la industria sedera atravesaba un período algo difícil, á consecuencia de la enfermedad de los gusanos de seda que asolaba toda la región de los Cévenas, y á consecuencia asimismo de las revoluciones de la moda. En los comienzos del imperio, la invasión de un lujo insensato había puesto en moda para los trajes femeninos los dibujos recargados, los bordados suntuosos, y la exageración de los miriñaques había hecho aún más costosas estas magnificencias, habiéndose inaugurado la Exposición de 1855 en lo más fuerte de este entusiasmo. En cambio, doce años después, en 1867, asistíase á una reacción, ya bastante acentuada, contra estos despilfarros de la vanidad, y se empezaba á comprender que aquellos ricos adornos, muy propios para cortinajes ó para muebles, eran para los vestidos excesivamente presuntuosos y de mal gusto. Además, el miriñaque tendía á desaparecer, y todas estas circunstancias juntas habían sido un rudo golpe para las manufacturas lyonesas, de suerte que, en punto á refinamiento y variedad de creaciones, la Exposición del Campo de Marte difícilmente hubiera podido resistir la comparación con la anterior. Sin embargo, nuestros fabricantes, obligados á abandonar las composiciones demasiado complicadas y á tomar como regla una sencillez casi severa, no por esto se habían descorazonado, sino que con meritorio arte habíanse adaptado en seguida á las nuevas tendencias públicas, y reducidos á presentar géneros lisos, habíanse esforzado en obtener, por medio de la belleza de los colores y de la perfección de los tejidos, el mismo éxito que antes alcanzaran con la inteligente riqueza de la ornamentación.

Todo lo que había redundado en perjuicio de las industrias algodonera y sedera había sido beneficioso para los tejidos de lana, que habían tomado del algodón cuanto podían tomarle y habían invadido el terreno de la seda imitando su brillo. Reims, Amiéns y Roubaix estaban á la altura de las fábricas inglesas, á lo menos en punto á buen gusto, á la decoración de las telas y á todo cuanto depende del arte más que de la materia. En la sección de cortinajes, Elbeuf y Sedán podían competir ventajosamente con Leeds y Verviers.

Al lado de estas grandes industrias que simbolizaban todas las poderosas fuerzas de la actividad humana, el visitante contemplaba con particular interés el fruto de otras industrias modestas que se ejercían en la casa paterna y que, juntando sus ganancias á las del jefe de familia, constituían para los hogares pobres un suplemento de recursos: tales eran los encajes de Flandes ó de Auvernia, y sobre todo los bordados suizos de los cantones de Saint-Gall y Appenzel. Grande era la admiración que despertaban todas esas obras delicadas y en,

cantadoras que las mujeres casadas y las doncellas habían empezado y concluido á ratos perdidos, en el campo, en el umbral de la puerta de su vivienda, alternando su trabajo con el cuidado de los pequeñuelos; pero á la admiración mezclábase algo de tristeza, porque ¿cuánto tiempo podrían la aguja y el telar de mano luchar con el telar mecánico? Y pensando esto, mirábase con melancolía, como se contemplan las cosas que mueren, aquellos últimos vestigios de las costumbres familiares y del trabajo ejecutado en el hogar.

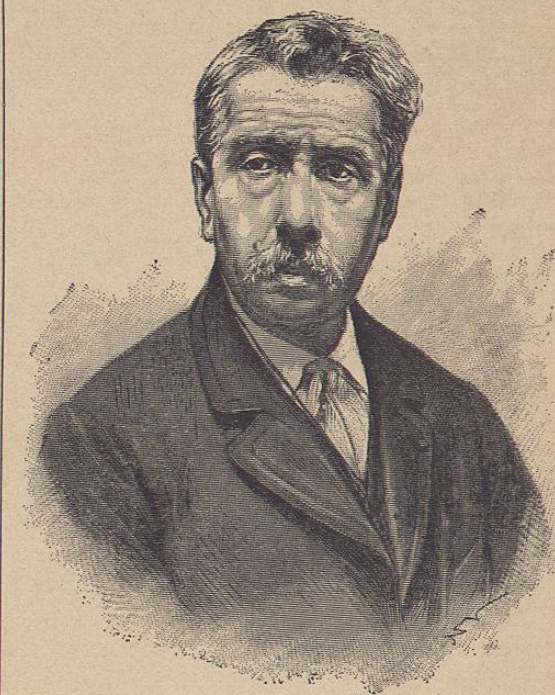
En las otras galerías que se aproximaban cada vez más al centro, las clasificaciones eran un tanto arbitrarias; pero entre todos los proyectos expuestos muchos tenían un mérito especial, el de poner en relieve algunas de las tendencias que ya prevalecían y que sobre todo prevalecerían en lo porvenir.

Ciertas salas de la Exposición producían la sensación extraña de un pueblo que se hubiera ingeniado para retroceder en vez de adelantar. ¿Quién habría podido substraerse á esta impresión visitando la sección del mueblaje? La ebanistería, esta industria artística que participa de la escultura y del dibujo, había dedicado á copiar línea por línea los muebles que en otro tiempo dejaba la gente que se pudrieran en los desvanes. Y el mismo afán de reproducción se había extendido á las tapicerías antiguas, cuyos asuntos eran calcados y los colores resucitados por los industriales de aquel tiempo. Edad media, Renacimiento, reinados de Luis XV y de Luis XVI, todas las épocas habían sido puestas á contribución, y cualquiera habría podido creer que vivía en todos los siglos menos en el nuestro. Y es que las democracias gustan de rodearse de cierto aspecto venerable y de cubrir con un barniz antiguo sus novedades; y así como las ideas se encaminan hacia lo futuro, los gustos retroceden hacia el pasado. Pero este ardor de imitación, que en nuestros días ha llegado hasta la manía, tenía por lo menos la ventaja de reaccionar contra el estilo horrible que había imperado en absoluto durante la primera mitad del siglo sometiendo todo, muebles y monumentos, al mismo nivel de fealdad.

Mas no faltaba la originalidad por completo: plagarios en los muebles de lujo, volvíamos á ser nosotros mismos en los objetos de uso diario. Para las habitaciones íntimas, para los fumadores, para los jardines, no teníamos más preocupación que la de nuestro bienestar; de aquí esos asientos cómodos que permitían, si no recostarse del todo, á lo menos sentarse sobre la espalda; de aquí también esos bancos de listones de madera con el respaldo inclinado hacia atrás, que parecían convidar á la siesta. Aparecía, pues, una sociedad con doble aspecto, elegante hasta el punto de resucitar todo el lujo artístico de los antiguos tiempos, y muelle hasta el punto de complacerse en una especie de desaliño. Desde este último punto de vista eran nuestros maestros los norteamericanos, inventores de la mecedora que se exponía entonces por primera vez; bien es verdad que tenían su excusa en el ardor febril de su trabajo y que era natural que el pueblo que llevaba su actividad hasta el último extremo, llevara también hasta el último extremo su abandono en el reposo.

El trabajo de los obreros había edificado el palacio; también la labor de sus manos lo había llenado con tantas cosas bellas y agradables. Era, pues, justo que en

una parte de la Exposición el pensamiento se fijara principalmente en ellos; y la sociedad imperial, aun en medio de sus transportes desordenados, solía tener atenciones de esta clase. Efectivamente, había una serie de galerías dedicadas á los objetos baratos, viéndose en una larga hilera de salas candeleros de cinc, cubiertos de ruolz, camas de madera blanca, papeles pintados á quince céntimos, canastillas á quince francos, cunas de mimbre, muñecas de cartón, en suma, todo lo que embellece un poco la morada del pobre, lo que aviva la esperanza en el corazón de las madres, lo que alegra el rostro de los niños. Preciso es confesar que el aspecto general de aquella sección era, á primera vista,



Falguiere

el de un bazar asaz mezquino, y que, por otra parte, habrían podido señalarse en ella puerilidades y torpezas; pero estos defectos desaparecían ante el propósito generoso que había presidido en la organización; además, la indicación de los precios provocaba comparaciones sumamente instructivas para los economistas, para los hombres dedicados á obras benéficas y hasta para los simples curiosos. Esta sección tenía su complemento en las viviendas populares modelos diseminadas en el parque; el emperador, predicando con el ejemplo, había querido figurar en el concurso para habitaciones obreras y se había inscrito como expositor.

Una obsesión pesaba sobre nuestra patria y sobre Europa, á saber, el presentimiento de las luchas futuras, tenebrosa imagen que se cernía sobre la Exposición. La guerra era, desgraciadamente, un azote muy antiguo; pero lo nuevo y verdaderamente original era que se la clasificara entre las industrias. En la sección prusiana era naturalmente en donde habían de buscarse las obras maestras del arte de destruir: allí, en efecto, se veía un cañón monstruo construido en los talleres de Krupp, que atraía todas las miradas y parecía un recuerdo del pasado y un reto para el porvenir. Más

modestos aunque no menos mortíferos eran los instrumentos expuestos por otras naciones, entre ellas Francia que presentaba sus piezas de artillería, sus tiendas y sus hornos de campaña. Al lado de estas exhibiciones veíanse los coches de ambulancia y los aparatos para los heridos, y había gran emulación por ver quién demostraría mayor solicitud para con las víctimas de la guerra. ¡Época extraña que con igual ardor cultivaba la ciencia de matar que la ciencia de curar!

Por varios indicios podía adivinarse, ó á lo menos presentirse, qué dirección tomarían las aspiraciones de los venideros tiempos. En la galería de las artes liberales ocupaban un sitio bastante grande los mapas, los dibujos, los cuadros estadísticos, los planos en relieve y, en una palabra, todo cuanto se refiere á la geografía y á la etnografía. No se veía aún la profusión de documentos que distingue á la época contemporánea; pero ya se despertaba el espíritu de observación y esta curiosidad contrastaba con el pasado embotamiento. Los productos exóticos, las reducciones de los monumentos de ultramar atraían la atención y la gente se estrujaba en el pabellón en donde la Sociedad de las Misiones protestantes había reunido las divinidades de la India, los fetiches de Africa, y los trajes y las armas de los diversos pueblos del universo. Algunas imaginaciones, pocas en número todavía, comenzaban á sentir la atracción de los largos viajes y de las regiones inexploradas; pero estas nacientes aspiraciones habían de extinguirse en medio de las preocupaciones de los años siguientes. Más tarde, sin embargo, renacerían, crecerían silenciosamente y se propagarían poco á poco hasta que, convertida la moda en pasión, todo parecería insípido menos las cosas lejanas; y entonces se vería á los pueblos, dominados por una ambición común, buscar por todos lados prolongaciones para su patria y apresurarse á conquistar la tierra si ésta hubiese de faltar antes de poco.

Tocando al centro de la circunferencia estaba la galería llamada de la historia del trabajo, verdadero museo retrospectivo, en donde había expuestos por orden cronológico los principales productos del arte y de la industria, desde las sílices labradas del periodo primitivo hasta las tabaquerías y los abanicos del siglo XVIII. Esta exposición, ya de suyo muy curiosa, era también muy sugestiva por el estado de espíritu que indicaba: aquel afán de clasificar los recuerdos de las diversas épocas, de colocarlos en un ambiente apropiado con fidelidad rigurosa, revelaba los comienzos de una afición entonces bastante excepcional y hoy tan extendida que ha llegado á ser frívola, la afición á las reconstituciones. A fuerza de estudios y con ayuda de colecciones sabiamente reunidas, se llegaría, andando el tiempo, á reconstituir todo el pasado en sus viviendas, en sus trajes, en sus muebles y hasta en sus costumbres más íntimas. Esta investigación tendría muchos atractivos, pero no carecería de escollos; y el peligro (al que no se han sustraído nuestros contemporáneos) sería extraviarse en las minucias de la erudición, rehacer la historia á la manera que se compone una decoración de teatro, prodigiosamente verídica en sus detalles, pero sin ambicionar nada más; de lo cual resultaría que más de uno que se creería un sabio no sería sino un simple tasador muy entendido, y que la exclusiva preocupación de re-

constituir las apariencias externas haría olvidar el estudio y la pintura de las almas.

Con la galería de la historia del trabajo ocupaba el centro del palacio la de las bellas artes. La idea de la comisión organizadora había sido presentar en primer término al visitante las aplicaciones de la industria que transforman la materia y luego llevarlo, despertando en él sensaciones cada vez más refinadas, hasta las regiones ideales de la pintura y de la escultura; pero esta combinación, á pesar de ser ingeniosa, no había obtenido el favor del público, el cual consideraba que las artes nada tenían de común con la industria y hubiera deseado para aquéllas una instalación completamente separada. Otra decepción era hija de los recuerdos de 1855: entonces se habían admitido en el palacio de los Campos Elíseos todas las obras de artistas vivos aún en enero de 1853, y gracias á esto se había reunido una colección incomparable que venía á ser una revista general de todas nuestras glorias artísticas; en cambio, en 1867 la admisión de obras se había limitado á las posteriores á 1.º de enero de 1855, así es que en vano se buscaba en aquella galería á los grandes maestros que habían ilustrado las épocas anteriores. La escuela francesa, aunque algo disminuída, era también en la Exposición del Campo de Marte la más importante, con Hipólito Flandrin, muerto poco tiempo antes, con Gerome, Meissonier, Cabanel, Teodoro Rousseau, Corot, Millet y Bretón; la superioridad de nuestra escultura aparecía asimismo patente en las obras de Crauk, Carpeaux, Falguiere y Guillaume. Ningún arte experimenta en tan alto grado como la pintura la influencia de los medios sociales. En la Exposición dominaban los cuadros llamados de género, cual conviene á una sociedad en la que el gusto por las artes se democratiza y en que los coleccionistas, que forman ya legión, solicitan especialmente los cuadros de pequeñas dimensiones, fáciles de encajonar y de ser llevados de un sitio á otro. Adivinábase ya para un porvenir próximo un procedimiento cada día más extendido que se resumiría en la habilidad de ejecución, en el refinamiento del trozo acertado, en el trazo ingenioso; entonces la principal preocupación sería la *salida*, y la pintura que tenía, como el comercio, sus artículos corrientes, estaría sujeta, como el comercio también, á la ley de la oferta y de la demanda. Estos síntomas, estas desviaciones pasaban con frecuencia inadvertidas para el público: largo era el camino que había que recorrer para atravesar el círculo y llegar hasta la galería de bellas artes, y á veces en el trayecto se desviaba la curiosidad; de aquí que sólo llamaran la atención algunas obras, y no siempre las más bellas, sino las más dramáticas. En la sección bávara, el gran arte estaba representado por una composición simbólica de vastas dimensiones que recordaba á Cornelius: era un dibujo magistral de Kaulbach en el que se resumía toda la reforma religiosa del siglo XVI y que, por la elección de los personajes, por su agrupación, por su disposición general parecía tener tanto de la teología ó de la historia como de la pintura.

VI

La Exposición, con el conjunto de sus maravillas, ofrecía un espectáculo que difícilmente habría podido



LA EMPERATRIZ EUGENIA RODEADA DE LAS DAMAS DE SU CORTE, cuadro de Francisco Javier Winterhalter, 1866-1873